

La correspondencia
al administrador
DON EUGENIO GIORGI.

EL JARDIN,

ADMINISTRACION
calle de San Mateo,
núm. 22, Madrid.

RAMILLETE SEMANAL DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DIRECTOR, D. ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA.

Año I.

Domingo 16 de Setiembre de 1866.

Núm. 2.º

SUMARIO.

Revista de Madrid, por A. M. y M.—Propiedad minera, por Mariano Muñoz.—Napoleon (revista biográfica.)—Tu traje blanco, por Angel Mondejar y Mendoza.—El gato negro, por Edgard Poe.—La muerte de Colon, por D. Luis Mariano de Larra.—Epigramas.—Pensamientos.

REVISTA DE MADRID.

Despedida del verano.—Saludo del invierno.
—Jardines de Apolo.—Otras diversiones.
—Rossi.—Formacion de compañías teatrales para la próxima temporada.



ODAVIA bellisimas lectoras dura el verano, pero pronto acabará de lanzar el último suspiro de su ardiente vida, para dar lugar á la severa estacion del invierno; pronto trocareis por los vestidos pesados, que os resguardarán del frio, los aéreos los sùtiles, los deliciosos trages blancos, que dejan vislumbrar los encantos de la belleza, pronto esa lluvia de fuego que hoy os sofoca se convertirá en menuda nieve que tendrá miedo y envidia de vuestro rostro.

Acabais de atravesar un verano, que como todos nos ha obsequiado con un calor insufrible, y por consiguiente las expediciones veraniegas han sido muy considerables, y muy escaso el número de los que hemos permanecido en este horno humano, padeciendo todos los horrores de la estacion.

Pero ya el invierno nos saluda, iniciándose fuertemente algunas noches y obligando á los paseantes á cubrirse con verdaderos abrigos á riesgo de encontrarse con la muerte en forma de pulmonia.

Ya todo anuncia su próxima entrada, ya todos se disponen á recibirla.

¡Quien sabe los misterios que nos traerá escondidos bajo su negra capa! ¡Quien sabe si nos acarreará desgracias ó nos ofrecerá felicidades! ¡Cuántas ilusiones y cuántas esperanzas hará pedazos durante su carrera!

Pero hablemos del pasado, ya trataremos del porvenir.

El verano que acabamos de atravesar ha sido fecundo en diversiones: los jardines de Apolo en primer lugar lograron ser el sitio ocupado por lo principal de Madrid durante los conciertos del inimitable Barbieri: allí todas las clases de la sociedad iban á recibir los raudales de armonia que la frescura de la noche hacia mas divinos y mas fantásticos; allí se han aplaudido frenéticamente las obras de los primeros maestros del mundo; allí se ha tributado un verdadero culto al arte; allí en una palabra se ha corregido el gusto del público de Madrid haciéndole paladear las sublimes inspiraciones de los grandes génios y haciéndole olvidar, los fatales resabios de la ya caduca Zarzuela.

De la batuta de Barbieri brotaban como de una vara mágica, todas las modulaciones del sentimiento, todos los gritos del corazon, todos los ecos de ese mundo ideal que se llama música, todo el entusiasmo, en fin, de un genio interpretando á otros génios y dándoles nueva vida.

¡Qué noches mas felices hemos pasado, olvidándonos por un momento de todo lo que nos unia á las miserias humanas y viviendo solo en la atmósfera ideal que Barbieri producía para nosotros.

Allí en aquel reducido mundo del sentimiento creíamos ver levantarse de sus tumbas á Beethoven, Haydn, Mendelssohn, Mozart, Meyerbeer y otros colosales genios para saludar y aplaudir á quien tambien los comprendia y á quien tan magistralmente los interpretaba.

Allí con religioso anhelo se percibian aquellas melodías celestiales, se oian aquellos ecos divinos, sin que nadie se atreviera á interrumpir el silencio con que se escuchaban.

¡Cuánto debe á Barbieri el arte y principalmente la música española!

Los Campos Eliseos han dado algunas funciones, á las que ha concurrido un público numeroso, pero siempre hemos visto en ellas las consecuencias de su primera ruina, y á pesar de la variedad de espectáculos nos han hecho recordar la primera época feliz de su instalacion.

En el Tivoli se han dado algunos conciertos.

En el Circo del Príncipe Alfonso los ejercicios ecuestres y gimnásticos han atraído gran concurrencia y se han presentado con bastante variedad.

Los bailes, como es natural, también han estado muy favorecidos.

Ultimamente se ha presentado en el coliseo de la zarzuela el trágico Rossi, admirando á los concurrentes por su manera especial de interpretar las grandes obras de este género.

En otra revista nos ocuparemos de este célebre actor.

Por hoy solo diremos que su fama es merecida y que no hemos visto á nadie que raye á su altura.

En cuanto al porvenir teatral, ofrece buenos auspicios y á no dudar creemos que el público tendrá buenos espectáculos.

El teatro del Príncipe ha formado su compañía con las señoras Teodora Lamadrid, Palma, Berrobiano, Dardalla, Diaz, Boldum, Orgaz, y con los señores don Julian Romea, Delgado, Mario, Zamora y Pizarroso.

En el teatrillo de Variedades, llamado hoy por su empresario, Sr. Arderius, «de los bufos madrileños» se cuenta para la próxima temporada con las señoras Checa, Hueto, Bardan y otras y los señores Arderius, Marron, Cubero, Escrin, Caltañazor, Soriano, y otros no menos conocidos.

En el coliseo del Circo, donde habrá también compañía de zarzuela, esperamos ver á las señoras Isturiz, Estéban y Uzal y los señores Cortes, Grau, Soler, Fernandez (D. Eugenio) Calvét y otros.

El teatro de la Zarzuela, será este año de verso, estando al frente de la compañía que ha de actuar en él, los señores Catalina.

En Novedades, se espera también una compañía de primer orden.

El Real está bajo el dominio de Mr. Bagier.

Esto es lo que hasta hoy sabemos: sin embargo, iremos poniendo al corriente á nuestros lectores de lo que ocurra,

Nada más por hoy: bastante habremos cansado á nuestras amabilísimas lectoras, por lo cual queremos suplicarlas que admitan las pobres flores de nuestro jardín.

A. M. M.

PROPIEDAD MINERA

SISTEMAS ADOPTADOS EN VARIAS NACIONES.

(Continuacion.) (1)

La tercera opinion es la de los que creen que las minas son cosas *nullius*, y que no pertenecen á nadie son del primero que las ocupa. Esta teoria apareció en Francia el siglo pasado;

(1) Véase el número primero de *El Jardín*.

la razon que se alegaba como fundamento de ella era, que siendo las minas una riqueza como otra cualquiera, y perteneciendo al primer ocupante la propiedad de las sustancias minerales que hay sobre la superficie de la tierra, no se podia negar que existia el mismo derecho para los minerales que están ocultos, puesto que no hay nada que diferencie unos productos de los otros; por lo tanto si son *nullius* los minerales de la superficie también deben serlo los del fondo, y por consecuencia la propiedad de estos debe ser del primero que los ocupa. Esta teoria ha sido rebatida por el célebre Mirabeau, y sin embargo, ningun argumento formal presentó, y solo con el sarcasmo y la ironía fué con lo que la relatió en efecto, y segun se dice sostuvo la opinion contraria á esta, con el objeto de corresponder á las liberalidades que con él habia empleado un íntimo amigo suyo que tenia toda su fortuna empeñada en ellas. Sea de esto lo que quiera el ilustre orador decia que si la propiedad de las minas era del primer ocupante; todos trabajarían en busca de ellas, que se encontrarían en el fondo á cada paso, y que pronto *todos los habitantes de la tierra se convertirían en topos*. Esto fué lo único que se dijo en apoyo de aquella teoria; y aunque algunos han dicho que esto no podia realizarse, no es cierto, porque uno que quisiera explotar una mina, ó compraria la superficie, ó pagaria un canon al dueño de ella, ó en fin entre ambos se harían los contratos que les pareciese mas ventajosos. Si hubiera varios que explotasen un mismo filon, y llegáran á encontrarse, no habria aquí mas que una cuestion de derecho, en que triunfaria el primero que probase que fué el que antes la explotó.

Por consiguiente, de las tres opiniones citadas, es la mas perfecta, segun nuestro parecer, la de que al primer ocupante debe corresponder la propiedad de la mina descubierta por él, que él se avendrá luego con el dueño de la tierra para poder explotarla.

II.

Las minas importantísimas ya en los primeros tiempos han sido consideradas como propiedad del Estado; así sucedia en Cartago, en Grecia y en Roma en que el gobierno se adjudicó la propiedad y explotacion de las minas de oro y plata, y dió á los particulares el aprovechamiento de las demás sustancias minerales en cambio de un tributo que por ellas percibia. Todos los códigos romanos dan al Estado la propiedad de las minas, para evitar los conflictos entre los particulares.

En nuestra patria se siguió el mismo sistema, y las Partidas dan la propiedad de las minas al rey en virtud de la teoria del dominio eminente, doctrina que se conserva en nuestros días; despues se concedieron minas á los particulares para que las explotasen, señalándoles en tiempo de don Juan I el décimo como tributo; pero en tiempo de la ilustre Reina doña Isabel la Católica se redujo este tributo al cinco por ciento y así continúa.

En la actual ley de minas, la base sobre que está fundada es la del dominio eminente, y se necesita permiso del Estado para hacer calicatas, y solicitud del registro para que se le adjudique la propiedad, quedando siempre sujeto á la ley y reglamento establecido.

La legislación francesa que rige desde 1810 es exactamente igual á la nuestra y está fundada sobre el mismo principio.

En Inglaterra es completamente distinta, pues la propiedad de la mina corresponde al dueño del terreno; pero esto tiene su origen en los hechos sucedidos despues de la invasion de los normandos. Cuando Guillermo, duque de Normandía, conquistó la Inglaterra á consecuencia de la para siempre memorable batalla de Hastings; conociéndose allí la teoría del Derecho romano, como la propiedad pertenecía al Estado, este derecho como todos los demás se los dió á los nobles que le habian ayudado á la conquista y á los que repartió el pais. Sin embargo, estos vendieron algunos terrenos, y como despues se suscitase la cuestion de si tenían ó no derechos sobre las minas que radicasen en terrenos vendidos, ó si ya este derecho pertenecía al que compró el terreno, decidióse esto último; y desde entónces se ha venido considerando como propietario de la mina al dueño de la superficie. Sin embargo, la explotación de las minas es allí grande; los que se dedican á esta industria arriendan la superficie mediante un cánon, y disponen de ellas libremente hasta pasados treinta ó cuarenta años que son los plazos de estos arriendos, quedando entónces los edificios construidos para el propietario de la superficie; de modo que el gobierno no interviene mas que con medidas de policia para impedir abusos con los trabajadores, evitar peligros, etc.

En Austria, Italia y en la Alemania central se sigue la teoría del dominio eminente, siendo tan rigurosa en Austria que aun los particulares no pueden hacer calicatas en sus propiedades, á no ser con permiso del gobierno.

En Prusia se sigue un sistema particular: el que denuncia una mina tiene que señalar los límites y antes de dársele la reconoce el ingeniero del gobierno; por último, en la explotación y laboreo se han de seguir en un todo los reglamentos establecidos para esta industria. Se da al dueño de la superficie, la propiedad de una parte de la mina, sin que tenga ningun gravámen como los demás que contribuyen á su explotación. De modo que todas las legislaciones siguen dos corrientes; los pueblos de raza latina la teoría romana del dominio eminente, y los de la raza sajona, la del dueño de la superficie.

La teoría del primer ocupante solo está en práctica en los Estados Unidos que es el pueblo de mas riqueza minera, sobre todo en las Californias, y en el que no hay legislación de minas interviniendo solo el Estado para señalar á cada uno su propiedad.

Concluiremos señalando algunas teorías que sobre la explotación de las minas se han presentado. Dicen unos que el Estado debe explotarlás, lo cual no es admisible, porque es probado que no puede tener la necesaria aptitud para ningun-

na clase de industrias. Otros dicen que deben arrendarlás, pero aquí nos encontramos con una dificultad, y es que no hay manera ni tipo bajo el cual se haga el arriendo, y si se exigiese un tanto por ciento de las ganancias, por mas fiscalización que hubiera, siempre existiría el fraude. Otros dicen que deben exigirse derechos mas subidos por la concesion, pero esto impedirá el desarrollo de la industria. Por último, otros opinan que deben venderse las que el Estado explota, pero se presenta la dificultad de que una mina tenga un valor determinado por las variaciones de riqueza del mineral que tiene.

En España el Estado que explota las de Almaden, Riotinto y Linares gasta unos veinte y dos millones en la explotación, y le queda una renta de diez y nueve millones, cifra demasiado pequeña, porque no se usan los adelantos modernos y por el mal sistema que se sigue. De modo que teniendo en cuenta estos datos, la venta de las minas sería lo único que nos atreveríamos á proponer, ya como un medio de proporcionar al Tesoro cantidades bastantes considerables, ya por el ahorro que le produciría el verse descargado de los gastos que le ocasiona su explotación.

Mariano Muñoz.

NAPOLEON. (1)

Pocas celebridades cuentan las armas que se acerquen á la grandeza de Napoleon, pocos recuerdos registran los siglos que merezcan el tributo de que es digno su nombre.

Casi imposible nos sería detenernos en su historia ó dar una idea detallada de sus principales hechos y de sus grandes acciones, porque su vida fué mas corta que sus hazañas, solo apuntaremos algunos datos culminantes.

La niñez de Napoleon no ofreció nada de particular; á los diez años su padre le hizo entrar en el colegio militar de Brienne, donde el gobierno francés acababa de decidir la admision de cierto número de jóvenes corsos.

El estudio de la historia y de las ciencias exactas llamó siempre toda su atencion.

Segun datos muy conocidos, Napoleon Bonaparte nació el 15 de agosto de 1769 en Ajaccio en la isla de Córcega, siendo sus padres Carlos Bonaparte y Leticia Remolino.

Cuando en 1785 hubo exámenes en el colegio militar de Brienne, para trasladar a los alumnos mas aventajados á Paris, el caballero de Keralio le designó como uno de los primeros.

Su padre le miraba con marcada predileccion y cuando murió en Montpellier, llamábale continuamente en su delirio, como si el que habia sido su esperanza en el mundo pudiera pres-

(1) Véase la primera fotografia repartida con el número 1.º de EL JARDIN.

tarle tambien algun socorro en sus últimos instantes.

Desde su salida del colegio militar era distinguido por la estension de conocimientos que poseia.

Cuando marchó á Córcega con intencion de combatir á Paoli y á los ingleses, parecia animado de una firme resolucion que ya le hacia admirable, mas habiendo quemado los ingleses á Ajaccio, Napoleon proscrito por haber abrazado la causa de la patria, se retiró á Marsella con su familia. Dejóla despues allí para ir á Paris donde muy pronto recibió la orden de encargarse de la direccion de la artilleria en el sitio de Tolon.

La historia de este genio es de todos conocida, nos concretaremos solo como hemos dicho á brevisimas consideraciones porque con su vida se podrian formar libros mas grandes que el mundo.

Espondremos, pues, por órden de fechas los principales acontecimientos, siguiendo á un historiador de nuestros dias.

En marzo de 1796 se casó con Josefina de Tascher, viuda del general Beauharnais.

En 1797, teniendo solo veinte y ocho años de edad, fué nombrado general en jefe del ejército de Italia, y despues al año siguiente, de la expedicion de Egipto, de donde regresó en octubre de 1799, desembarcando en Frejus.

En 1799 fué elegido primer cónsul y cónsul por vida el siguiente año despues de la batalla de Marengo á los treinta y un años de edad.

En 1804 fué elegido emperador de los franceses á la edad de treinta y cinco años, y consagrado en Paris el 2 de diciembre de aquel año.

En 1810 se divorció de Josefina y el dia 1.º de abril se casó con la archiduquesa Maria Luisa, hija del emperador de Austria.

El dia 14 de setiembre, el año 1812, entró en Moscou, y el 19 de diciembre estaba ya en Paris despues de aquella derrota.

El 20 de abril de 1814 abdicó en Fontainebleau, y el 1.º de mayo se embarcó para la isla de Elba.

El 1.º de marzo de 1815 desembarcó en el golfo Juan; llegó á Paris el 20 y abdicó el 18 de junio de 1815, despues de la batalla de Waterloo, contando entonces cuarenta y seis años de edad.

Falleció en Santa Elena el 5 de mayo de 1821, á los cincuenta y dos años.

El gobierno francés resolvió en 1840, trasladar á Paris los restos de aquel coloso, y el 8 de octubre fondeó en la rada de Santa Elena la fragata la *Belle Poule* que fué á buscarlos. En la noche del 14 al 15 se principiaron los trabajos de exhumacion, y fué trasladado su cadáver, perfectamente conservado á Paris el 15 de diciembre de 1840, donde tuvieron lugar las magnificas exequias que tanto llamaron la atencion de aquella época.

Nada mas que una sencilla manifestacion de nuestro entusiasmo hácia un genio tan colosal, ha sido la causa de que le hayamos dedicado aqui estos breves apuntes, como testimonio de nuestro recuerdo.

Ante esa figura gigantesca las naciones se conmueven y le admiran, porque su inteligencia y su audacia le hubieran hecho, á no haber cesado la estrella que le guiaba, dueño del mundo en pocos años.

La Francia le rinde continuamente elocuentes tributos de admiracion, y le venera como á un ser sobrenatural, nacido de sus entrañas para hacerla grande.

Arolas, cantando á Napoleon ha reasumido en los dos versos siguientes toda su biografía. Dice así refiriéndose á su muerte:

«Que mientras estés dormido,
Puede descansar el mundo.»

TU TRAJE BLANCO.

A LA SEÑORITA DOÑA CARMEN H. Y S.

¡Qué hermosa estabas con tu blanco traje!
te ví, y al punto me quedé admirado;
¡Cuántos enigmas, niña, nos presenta
tu traje blanco!

Símbolo de pureza, el alma tuya
lleva con él su emblema immaculado
mirando el porvenir ante tus ojos
blanco, muy blanco.

Llévale siempre, que en las niñas bellas
aumenta mucho su divino encanto
y las semeja á tiernas florecillas.
de cáliz blanco.

Llévale siempre, que cual nieve pura
será de la inocencia fiel retrato,
que aun al calor mas leve se deshace
su copo blanco.

Tambien la aurora, con su hermoso encage
despeja de la noche, el negro manto;
tambien el traje de la aurora niña,
tambien es blanco.

Cuando el piélagos azul bate sus olas
y salta su cristal en mil pedazos,
el inmenso tapiz de sus espumas
se vuelve blanco.

Tambien, niña, la perla de la noche
pálida y blanca brilla en el espacio,
tambien las chispas que al zenit adornan
visten de blanco.

Ya ves que ese color es un poema
que abarca al orbe en sus distintos cantos,
ya ves que muchas veces en el mundo
lo bello es blanco.

Tu hermosura es la estrella desprendida
de ese azul por los mundos esmaltado
que resalta entre nubes vaporosas
de color blanco.

Lleva siempre ese traje, mientras dure
tu hermosa juventud, que ya los años
cuidarán de vestirnos poco á poco
cabello blanco.

Y linda y bella con tu blanco traje
siempre serás del mundo divo encanto:
¡Qué hermoso porvenir te augura niña
tu traje blanco!

Angel Mondejar y Mendoza.

EL GATO NEGRO.

(Conclusion.) (1)

Este terror no era seguramente el de un mal físico, y sin embargo esperiménte una gran dificultad para definirlo de otro modo.

Estoy casi avergonzado al confesar que aun en esta vida de malhechor, el horror que me inspiraba aquel animal se acrecentó por una de aquellas ilusiones más quiméricas que pueda concebirse. Mas de una vez mi mujer llamó la atención sobre el dibujo de aquella mancha blanca de que he hablado y constituía la única diferencia visible entre este gato y el que yo maté. El lector recordará que aquella mancha aunque bastante grande, era indefinida en su forma; pero lentamente y por grados imperceptibles, tales, que mi razón largo tiempo se esforzó en creerlas imaginarias, tomó con el tiempo una rigurosa limpieza de contornos, y representaba entonces la imagen de un objeto que me estremeció al nombrar; esto era sobre todo lo que me hacía concebir por el monstruo un horror indecible y me hubiese conducido á deshacerme de él si me hubiese atrevido; era pues la imagen de un repugnante y siniestro tablado, la imagen de la HORCA. ¡Oh! máquina lúgubre y terrible! máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!

Yo era en verdad un miserable, tanto cuanto pueda serlo la humanidad. Un animal irracional; á cuyo hermano yo destruí con desprecio, un animal irracional engendrar en mí, en mí, que fui hecho á la imagen y semejanza de un Dios Omnipotente; tan grande insoportable infortunio. ¡A! yo no conocía ya la beatitud del reposo ni de noche ni de día: durante el día no me dejaba ni un solo momento, y durante la noche, á cada instante, cuando salía de mis ensueños, llenos siempre de agonía indescriptible, era para sentir el tibio aliento del gato sobre mi cara, y esta era una pesadilla que no podía desechar constantemente, gravitando sobre mi corazón oprimido.

Bajo la presión de semejantes tormentos sucumbió también lo poco bueno que quedaba en mí. Las malas inclinaciones me acompañaban á

todas partes, así como las más sombrías y siniestras ideas. La tristeza de mi humor habitual tomó proporciones alléticas, aborreciendo todo cuanto me rodeaba, y la humanidad entera. Mi mujer, que nunca me dirigió la menor reconvencción, era la que más sufría, la víctima paciente de las repentinas, frecuentes é indomables erupciones de la furia á que me abandoné ciegamente desde entonces.

Un día que me acompañaba en una de mis faenas domésticas, al bajar á la bodega de aquella casa vieja á que nuestra pobreza nos había reducido, el gato también me seguía metiéndose entre mis pies, poco faltó para que me hiciera rodar la escalera; esto me exaltó hasta la locura y tomando un acha, olvidando en mi furor el temor pueril que hasta entonces había detenido mi brazo, le di un golpe que hubiese sido mortal si lo hubiese cogido bien, pero mi mujer desvió la dirección. Esta contrariedad me enfureció y me puse hecho un demonio, dejé libre mi brazo y le hundi el acha en el cráneo dejándola muerta en el acto sin proferir una sola palabra.

Consumado este horrible asesinato me puse á reflexionar sobre el medio de ocultar el cadáver: conocí que no podía sacarlo de casa de noche ni de día, sin correr el riesgo de ser descubierto por el vecindario, y como éste muchos proyectos cruzaron por mi imaginación; pero un momento me ocurrió la idea de cortar el cuerpo en varias porciones y quemarlos; después me ocurrió hacer una zanja en la misma bodega y enterrarlo, luego pensé arrojarlo al pozo, y también envasarlo en un cajón como si fuese una mercancía con las formas que están en uso y dar comisión á cualquiera que lo sacase de la casa. Finalmente, me fijé en el medio que me fué más espedito y me determiné á emparedarlo como los frailes de la Edad Media, que, según se dice, emparedaban sus víctimas.

La bodega se prestaba admirablemente para este designio. Las paredes construidas con bastante descuido habían sido recientemente enlucidas en toda su extensión con yeso grueso que la humedad de la atmósfera impedía secarse enteramente: además en una de sus paredes había cierto hueco como de una chimenea figurada, como especie de cueva que se había llenado de escombros y tapiado después del mismo modo que lo demás de la cueva y confíe en que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, introducir el cuerpo y tapiarlo del mismo modo, por manera que el ojo más esperto no pudiese concebir la menor sospecha.

Mis esperanzas no fueron frustradas, con la ayuda de un pico arranqué con mucha facilidad los ladrillos, y habiendo colocado el cuerpo contra la parte interior lo mantuve en esta disposición hasta que sin mucho trabajo restablecí la mampostería en el primitivo estado, y habiéndome proporcionado cal, arena y un poyal con todas las precauciones convenientes preparé un enyesado que no se diferenciaba del anterior, cubri con el mayor cuidado el nuevo tabique. Cuando concluí esta operación vi con la mayor satisfacción que todo había salido á pedir de boca. La

(1) Véase el número 1.º de EL JARDIN.

pared no presentaba el menor vestigio de alteración, hice desaparecer todos los yesos y dejé el suelo perfectamente limpio: entonces dirigí en derredor una mirada triunfante y dije: aquí al menos no ha sido perdido mi trabajo.

Mi primer cuidado fué buscar el animal que habia sido la causa de tan gran desgracia, porque estaba resuelto á matarlo. Si en aquel momento lo hubiese atrapado su sentencia ya estaba decretada, pero parece que el inteligente animal se alarmó con la violencia de mi reciente cólera y cuidaba de no comparecer mientras durase aquel estado de mal humor mio. Es imposible describir ni imaginarse el consuelo que la ausencia del detestable animal derramó sobre mi alma, no se presentó en toda la noche y así esta fué la primera buena que pasé desde que estaba en casa que dormí profunda y tranquilamente, si, yo dormí con el peso sobre mi alma de aquel asesinato.

Pasaron dos días y mi verdugo no pareció, yo respiraba todavía como hombre libre, ¡el monstruo en su terror dejó la casa para siempre! ¡ya, pues, no le veré mas! ¡Mi dicha era suprema! La criminalidad de mi tenebrosa acción me inquietaba un poco.

Se habian hecho varias preguntas, pero quedaron satisfechas á muy poca costa, así como otras indagaciones que se hicieron no dieron tampoco ningun resultado, y yo vi mi felicidad futura completamente asegurada. Al cuarto día del asesinato me sorprendieron una porción de agentes de policía, procediendo nuevamente á una rigurosa investigación; confiado yo en la impenetrabilidad de mi escondrijo no se me conoció ni la menor inquietud; me hicieron lex acompañase en su reconocimiento, y no dejaron rincón alguno que no examinasen atentamente; al fin por tercera ó cuarta vez bajamos á la bodega y ni uno solo de mis músculos temblaba, mi corazón latía pausadamente como el de un hombre que duerme en la inocencia. Yo me paseaba por la cueva de un extremo al otro con los brazos cruzados sobre el pecho como el hombre mas honrado. Los agentes estaban completamente satisfechos y se preparaban á marcharse. El júbilo de mi corazón era demasiado pronunciado para poderlo ocultar ni comprimir: ardía en deseos de decirles una palabra, nada mas que una palabra á manera de triunfo convenciéndoles al mismo tiempo de una completa inocencia.

—Señor comisario, dije al fin, cuando sus subalternos subian por la escalera, me regocijo de haber podido desvanecer vuestras sospechas. Deseo á V. la mejor salud y alguna mas atención. Dicho sea de paso, señor comisario, vea V. aquí una casa admirablemente edificada, estas paredes; en mi deseo de decir alguna cosa con aire resuelto, ni sabia lo que hablaba; estas paredes, qué se va V. ya?... estas paredes tan sólidas y artísticamente edificadas.

Entonces por una baladronada frenética toqué con fuerza con un baston que llevaba en la mano, exactamente en la parte del tabique detrás del cual estaba el cadáver de la esposa de mi amor.

¡Ah! ¡que Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio! Apenas el eco de mis golpes quedó silencioso cuando de lo profundo de la tumba me contestó una voz, una queja disimulada y entrecortada como los sollozos de un niño, luego robusteciéndose aquella voz se oía un grito prolongado, sonoro y continuo que no parecia ser humano, un ahullido ó rugido, mezclándose el triunfo con el horror, como solo desde el infierno puede elevarse, horrorosa armonía que estalla al mismo tiempo de la garganta de los condenados en sus tormentos y de los demonios regocijándose en su obra.

Seria locura tratar de referiros mis impresiones; yo me sentí desfallecido y titubeaba apoyado en la pared de enfrente. Por algunos instantes quedaron inmóviles y estupefactos de terror los agentes que aun estaban en los escalones: un momento despues una docena de brazos robustos descarnando el tabique pronto le derribaron. El cuerpo destrozado y manchado con sangre se mantenía de pié ante los ojos de los espectadores sobre la cabeza, con la boca abierta, sanguinolenta y dilatada, y el único ojo chispeante, estaba colocado el asqueroso animal cuyo cariño me indujo al asesinato, y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo. Habia tambien emparedado al monstruo en aquella tumba.

Edgard Poé.

LA MUERTE DE COLON.

Romance dramático.

VALLADOLID 1506.

I.

En una escondida calle
Por donde no asoman nunca,
Ni el sol sus rayos de fuego,
Ni su tibia luz la luna;
Entre antiguos paredones
Que próxima ruina anuncian
Y cuyos mismos escombros
El paso estorban y ocupan,
Se alza, tan vieja como ellos,
Escondida en la penumbra,
Una casa que parece
menos mala por ser única.
No puede dar su fachada
Orgullo á la arquitectura,
Ni opulentos moradores
Sus tristes dinteles cruzan.
Dos rejas siempre cerradas
Por cálculo ó por incuria;
Una puerta nunca abierta,
Porque á ella no llaman nunca,
Y un escudo medio roto
Que avergonzado se oculta
Entre las jambas de piedra,
Que en la pared se dibujan,
Son los destellos artísticos

De esta morada de burla,
Que la ingratitud humana
Va á hacer eterna y augusta.
Lóbrega y triste es la noche;
Cae á torrentes la lluvia
Y el viento que airado brama
Puerta y ventanas empuja.
De pronto un hombre embozado
La calle atraviesa oscura,
Y con la aldaba de hierro
Llama á la puerta con furia.
Piérdese entre el viento el ruido,
Que nadie en la casa escucha,
Y el embozado impaciente
Llama, se pasea y jura.
Abren por fin; entra el hombre,
Y mientras el zaguan cruzan
No hay ni una frase de queja,
Ni una indiscreta pregunta.
Jóven es el embozado,
El otro es de edad madura,
Y ambos por su pobre traje
Su estado misero anuncian.

Por una puerta pequeña
Que el viejo en silencio empuja,
Y cuyos goznes, ya sabe
Como girar sin que crujan,
Entran los dos en un cuarto
Que antigua lámpara alumbra,
Y cuyo exiguo mueblaje
Mereciera mejor pluma.
En mitad del aposento
Hay una mesa que ocupa
La mayor parte, y sobre ella,
De calada empuñadura,
Se ve una daga, un breviario
Con tapas de labor suma,
Un tintero, pergaminos,
Mapas, pliegos y figuras,
Apiñados y revueltos
En distribucion confusa.
En un sillón de baqueta
Colgado un manto de púrpura,
De grandezas ya pasadas
Viene á ser historia muda.
Un colchon hay en el suelo
Sin cobertor que le cubra,
Sin tarima que le alce,
Sin cabezal que le suba,
Y unas cadenas de hierro,
Mas que pesadas seguras,
Son de las negras paredes,
Adornos y galas únicas.
Allí entraron los dos hombres,
No sin ver si los escuchan.
Y se hablaron de este modo
En voz baja y mal segura:

GIL. Entrad.

JUAN PAREO. ¿Duerme?

GIL. Reza.

JUAN. ¿Reza?

Hace bien, si Dios le escucha.

GIL. ¡Triste venis!

JUAN. Triste vengo.

GIL. ¿No hay esperanza?

JUAN. ¡Ninguna!

GIL. ¿Pero está todo perdido?

JUAN. Cuando mi boca está muda;
Cuando despues de esta ausencia
Nada mi rostro te anuncia,
¿No comprendes, pobre viejo,
Que no hay esperanza alguna?

GIL. Y... ¿qué vais á hacer?

JUAN. ¿Acaso

Lo sé?

GIL. (*Bajando la voz.*)

Su estado me asusta;
En estos dias D. Juan.
Es otro hombre, la dulzura
De su voz, siempre elocuente
Se trocó en ronca y confusa.
Su resignacion se acaba
Y su carácter se muda.
Si le decis...

COLON. (*Dentro*) ¡Gil!

JUAN. (*Con rapidez.*) ¡Silencio!

GIL. ¡Dios nos de mejor fortuna!

Se abre de pronto otra puerta
Y aparece en el umbral
La figura de un anciano,
De severa majestad.
Escaso y blanco cabello
Cae sobre sus hombros ya,
Y cubre su altivo rostro
Una palidez mortal.
Breve es su andar é inseguro.
Penetrante su mirar,
Surcada de hondas arrugas
Su espaciosa frente está,
Y hay un no se qué de grande
En su voz y en su ademan.
Los dos hombres se le acercan,
Le sientan en el sitial,
Y con respeto se inclinan
Y dan dos pasos atrás,
Juan Pareo que le observa
Vuelve afligida la faz.
que ha envejecido en diez dias
El anciano mucho mas.
—«¿Qué has hecho?» dijo, y Pareo
sin poderse dominar
Prorumpie en llanto, y comienzo
Así á su respuesta dá.
—«Con vuestra carta, señor,
Llegué al alcazar real
Y á la Reina Doña Juana
Pude anoche mismo hablar.
Leyóla y «es de Colon»
Dijo, «ya se proveerá.»
Mandóme salir, y vuelvo
Sin esperanza y sin pan!»
Levantóse en pié el anciano
Sin querer escuchar mas,
Alzó los ojos al cielo,
Y los bajó sin hablar;
El viejo que abrió la puerta
Volvió á acercarse al sitial
E interrogó con los ojos
desde lejos á Don Juan.
—«Espérame y no hagas ruido,»

Dijo Pareo, y sin mas
Volvió á salir de puntillas,
Volvió á pasar el zaguan,
Y cruzó el dintel, mas rápido
Que el furioso vendaval
Que la puerta y las ventanas
Azotaba sin cesar.

(Se continuará en el número siguiente.)

EPIGRAMAS.

El brabatero Manolo
De menos valor que piés,
Se preciaba de que él solo,
Obligó á correr á tres.
Y á fé tenia razon,
Cual no la tuvo jamás
Porque fué huyendo el bribon
De tres que le iban detrás.

A. Ribot.

Doña Inés, abuela mia,
Ha dicho siempre muy recio,
Que el hombre es sabio ó es necio,
Segun que leche le cria.
Y aunque esta verdad aburra
A mi señor don Pascual
Bien se conoce que el tal
Toma la leche de burra.

W. Ayguals de Izco.

Tres amantes tiene Blasa,
Y cosa admirable es,
Que así soltera se pasa;
Mas, á mi ver no se casa
Por lo mismo que son tres.

J. Rico.

Cierta noche que Pilar
De dormir tuvo deseo.
Dijo: «Quisiera ya estar
En los brazos de Morfeo »
Lo oyó una beata, de estas
Gruñonas en demasia,
Y exclamó: «¡Qué deshonestas
son las muchachas del día!»

V. Martinez.

Un pobre albañil queria
Hallar camino mas ancho
Por las calles, y «¡Qué mancho!
¡Qué mancho!» á gritos decia,
Y el rico Lucas Valencia
Al oír la voz temblaba
Creyendo que quien gritaba
Era su propia conciencia.

Eduardo Bustillo.

PENSAMIENTOS.

El hombre-Rey vino al mundo de edad de treinta años, para ponerse en armonía por su majestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio; así como su compañera contó diez y seis abriles, para estar en relación con las flores, los pájaros, la inocencia, los amores, y con toda la parte jóven y bella del universo. (*Chateaubriand.*)

Hasta la edad de treinta años es la cara de la mujer un libro escrito en idioma oscuro, que puede uno traducir todavía, á pesar de todas las dificultades; pero en pasando de los cuarenta es la mujer un enigma indescifrable, no habiendo mas que una vieja que sea capaz de adivinar á otra de la propia edad. (*Balzac.*)

La mujer es el mismo Dios, revelado en toda su gracia, risueño en toda su belleza, y hablando á nuestros corazones con todo su amor...

Un solo instante de su amor es el vinculo de una vida prolongada, pues por sus lábios pasa el aliento de Dios. (*El abate Constant*)

Cuando la desgracia consigue abatir al hombre la filosofía lo levanta. (*Alibert.*)

Una mujer hermosa encanta la vista, y una mujer buena complace al corazón; la una es una alhaja, y la otra un tesoro. (*Napoleon.*)

Nada es mas triste que la vida de esas mujeres que no han sabido otra cosa que ser hermosas, porque nada hay mas corto que el reinado de la belleza, y es muy corta la diferencia de años que existe entre una que es hermosa y otra que ya no lo es. (*Fontenelle.*)

¡Solo gozar! ¡qué objeto tan triste! ¡que ambición tan pequeña! Los brutos gozan. Pero ¡pensar! Ese es el verdadero triunfo del espíritu. La misión de la filosofía real es hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles á todos en elixir la noción de Dios; unir fraternalmente en ellos la conciencia y la ciencia, y hacerles justos por medio de esta unión misteriosa. (*Victor Hugo.*)

Mirais una estrella por dos motivos, porque es luminosa, y porque es impenetrable; pues á vuestro lado teneis una radiación mas suave y un misterio mas grande; la mujer. (*idem.*)

El amor es una respiración celestial del aire del Paraíso. (*idem.*)

Editor responsable D. JOSÉ DIAZ FERNANDEZ.

MADRID: 1866.

Imprenta, á cargo de don José Díaz Fernandez,
calle de S. Mateo, 22, bajo.